

CARA Y CRUZ DE RODO



"No podemos escuchar su noble apostolado. Pero la culpa es nuestra y no de él, pues su reino era para hombres mejores que nosotros, para sociedades más evolucionadas que las nuestras."

ARTURO TORRES RIOSECO

(Panorama de la literatura iberoamericana)

por DOMINGO LUIS BORDOLI

EN nuestros años de estudiante — y era en un pueblo del Interior — no había más remedio que crecer dentro de esta cómica y cruel alternativa: la de escuchar hablar de Rodó como del "mAAEstro", con esa "A" rotunda y larga que suele emitirse al bostezar; y la de sentirlo casi de inmediato liquidado con expresiones como éstas: "es un pedante, es un pedante encorseado, y nada más". Y más o menos siempre así: era admirado hasta la bobería y despreciado hasta el sarcasmo.

Nuestro profesor liceal le detestaba. Y ¿qué podíamos decir nosotros cuando se blandían sobre el de Rodó, nombres como los de Nietzsche, Novalis, Hölderlin, Keats, Dostoiewski? Por eso, mi conocimiento del escritor fue tardío y mal hecho. Y por eso mi reconocimiento de hoy es penitente y tenaz, como el de la persona que desea borrar una pasada mala acción.

En este momento creemos adivinar la razón profunda por la cual un hombre que como Rodó estuvo absolutamente solo en su vida, tiene que estar — casi yo diría por destino — absolutamente solo en su gloria. No hay ningún caso personal como éste en toda la historia de nuestras letras. Hay, por ejemplo, casos de soledad en la repercusión inmediata de una obra, como la de Herrera y Reissig. Pero es fácilmente explicable: es la soledad del adelantado que tiene, a su favor, la casi certeza de ser, con el transcurso de los años, comprendido. Mas no es así la de Rodó. El intento de su obra: **recrear en el humanismo a todo un continente**, es de tal ambición y tal audacia que puede dejar a un hombre completamente solo y a merced de la risa de todos los que pasan.

Empezando: tenemos una **armonía-Rodó**, pero para un continente dema-

siado hecho al azar de las emigraciones, explotaciones y fanatismos. Hay asimismo una **tolerancia-Rodó**, pero ¿cómo pensarla practicable en países "hijos de inquisidores", de encomendadores y siervos, milicos y mulatos, jacobinos y ultramontanos, de divisas, de civilizaciones y barbaries? Hay también un **Rodó-maestro de la juventud**, pero ¿el ideal de Rodó puede ser vivido por los jóvenes? Oigamos a Gonzalo Zaldumbide: "(...) desde temprano, se le sube y encarama toda esa chiquillería vocinglera y universitaria que ha ido repitiendo hasta la saciedad sus llamamientos al ideal". "¿Es pues cosa accesible al primer vuelo tan alta y purificada ecuanimidad? ¿Son cosas para niños ese ideal, esa elegancia, esa mesura?" Hay un **Rodó-contemplativo**, admirador del ocio de los griegos, y que como su "rey hospitalario" recibe silenciosos huéspedes interiores, pero ¿a qué preconizarlo en tierras donde sólo reina la holgazanería? Hay un **Rodó-americanista**, pero de esta América a la que tributó sus mejores afares: "Ni una línea para el indio hay en Ariel", le censura el cubano Medardo Vitier, y le aplaude en seguida el uruguayo Mario Benedetti. Hay un **Rodó-artista**, pero no para ser leído en pueblitos de ratas. Hay un **Rodó-moralista**, pero carente de fe eficaz o de medios para producirla. Hay un **Rodó-pensador**, pero no original.

Es que cada uno se juzga a sí mismo al hablar de Rodó. ¿Cómo no habrán de encontrarlo inactual los políticos apurados? ¿y obsoleto, los fanáticos de la sociedad tecnificada? ¿y afrancesado, los regionalistas? ¿y escéptico, los adscriptos a un credo religioso? ¿y blando, los fanáticos? ¿y pasatista, los cazadores de novedades? ¿y frío, los artistas del insulto, del tono sin respeto y el grito? ¹

Ahí permanece; como cortando todos los caminos, el hombre, justamente,

amigo de las perspectivas más variadas. Hasta de su misma vida, ¿cuántas veces se ha dicho y repetido que, de verdad, no la vivió jamás? "Reformarse es vivir" — escribe —, pero alguien que miró uno a uno los pasos de su vida, *modificó tal divisa de este modo*: "Postergarse es vivir". Veamos esta tontería que se ha escrito sobre la vida de Rodó, perteneciente a un crítico chileno que, felizmente, está muy por encima de la misma: "Lástima grande que no tuviera una seria enfermedad en su niñez, que no pasara hambre, que no sufriera una injusticia ni un desengaño amoroso, que no tuviera de mozo líos con la policía!" Basta leer a Roberto Ibáñez y Emir Rodríguez Monegal para conocer cuántas penurias sufrió Rodó en su vida."

Lo cierto es que esa vida, una vez terminada, aparece siendo más importante que las vidas "vividitas"; su "no poseer la vida" resulta a la postre, la más cumplida manera de entenderlo y significarlo. Parece él haber pensado el momento de la "excitación" para juntarlo de inmediato, al momento de la "renunciación". (Basta leer lo que ha escrito sobre lo que llamaba su "estado glauco").

Hay, desde Sócrates, personas así: más sensibles al "sentido" y no al "impulso" que las cosas dan. Personas hechas hacia un solo centro: "lo que debe quedar". En realidad, el hombre es este ser extrañadísimo: él puede no vivir, para comunicar a los otros el entusiasmo de vivir. Pensemos el hecho que los grandes solitarios han producido, en todas partes, solidarios.

No podemos homenajear a Rodó sin contemplarlo una y otra vez como un enigma. (Prólogo de Emilio Oribe a "El pensamiento vivo de Rodó"). No es nada difícil admirarlo. Lo que nos parece difícil es comprenderlo. Su mundo no es el de la realidad, ni el de la verdad, sino el mundo de lo posible.

En la aventura de esta vida y esta obra estuvieron, en primer término presentes, los dominicanos Max y Pedro Henríquez Ureña, y el mexicano Alfonso Reyes. Tenía éste 28 años, cuando al enterarse de la muerte de Rodó, escribió: "Ignoró la guerra literaria, el escándalo editorial y la propaganda de librería. Resolvió por la calidad excelente lo que otros quieren resolver mediante combinaciones de infinita malicia. Era el que escribía mejor y era el más bueno". (O. Completas, 1956). Agreguemos, en esta "élite", los nombres del peruano Ventura García Calderón, de su gran crítico ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide, y del español Leopoldo Alas (Clarín).

¿Cómo supo Rodó mantener su candor en tanto fue atravesando amarguras crecientes? ¿De dónde provenía su optimismo en quien era hijo de maestros escépticos? (Lo explicó él mismo en una página llena de gran oleaje). ¿En qué destino afianzó una moral que parecía eximirse de recompensa? Y todo esto sin ser un héroe y sin ser un santo; como asimismo no se le puede — o quizá sí — llamar un visionario.

Pero es el más supremo ejemplo americano de "flexibilidad"; la que ejercitó no sobre cosas de poca monta, sino en las encrucijadas más ardientes. Rodó parece siempre rebasar su tema. (Se ve clarísimo en "La Novela Nueva"). Y esto hace que su pensamiento entre en zonas adyacentes: la política, sociología, geografía, culturas rectoras, caminos a evitar o a seguir, psicologías nacionales o raciales. Su actitud no puede ser más valiente, pero por abrir tantas puertas al mismo tiempo, un adversario se le hace presente en cada una de ellas.

Y coronó su ideal todo hecho de razones puestas en cruz con un sentimiento — al que sabemos ciego desde la más remota antigüedad helénica — el de la esperanza. ¿Quién que no fue-

ra él, habría podido mantenerse por tanto tiempo encima de esta obra maestra de equilibrio? Más que la profundización, la capacidad más grande de Rodó es la de **reunión**. Su equilibrio nos parecería imposible, de no estar él allí, todo presente, para convencernos. Por eso debemos pensar una virtud, de la que él habla al referirse al genio — la virtud de desplegar una personalidad **adventicia** — decía — "que difiera de la común en la intensidad y en el brío, en la pureza y perfección, en la naturaleza y sustancia de sus caracteres: la virtud de ser **más**, de ser **mejor**, de ser **otro**."

Entre hombres ilustres de América, los hay engendrados — en su mayoría — por su temperamento o naturaleza: Sarmiento: "Yo he vivido en el éxtasis permanente del entusiasmo", dice en "Recuerdos de Provincia". También Martí: "Mi porvenir es como la luz del carbón blanco, que se quema él, para iluminar a su alrededor", escribe a su madre. Ni aquel ímpetu muscular, ni este fuego, nos ofrece la imagen de Rodó. No es un fruto de la naturaleza. Rodó es un fruto de la cultura. (Citando ejemplos máximos, G. Gundolf decía que Dante y Shakespeare eran genios de la naturaleza; no así Goethe, que era un genio de la cultura). Acortando distancias y puestos en nuestro caso americano, la función de Rodó se corresponde con ése: "¿Qué puedes enseñarme?" — divisa de Goethe, según André Gide — y con la hermosa definición que Heidegger de la misión educativa nos ha dado en estos términos: "Enseñar es enseñar a aprender".

1 A. Ardao, "Rodó", Biblioteca de Marcha, 1970: ordena 15 principales cargos en el llamado "proceso" a Rodó.

2 R. J. Ibáñez, "Rodó", cuadernos de Marcha, 1967. E. R. Monegal, Rodó (Obras Completas, Aguilar, 1957).